

Solemnidad. Nuestra Señora de Guadalupe (12 de Diciembre)

¿No estoy yo aquí que soy tu madre?

Una vez más nos reunimos juntos como familia de Dios, en esta Misa para alabar a nuestro Padre celestial y darle gracias a Jesucristo por el don de su Madre, a quien nos envió en el cerro del Tepeyac hace 482 años.

Las palabras del libro del Sirácide de la primera lectura, encajan de manera perfecta en la persona de María, que aunque propiamente es un cántico a la Sabiduría, quién sino ella es la Madre del amor, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza. Las pocas palabras de María que custodian los evangelios son manjar que alimenta la vida del cristiano.

Quien se acerca a Ella se sacia en realidad del que viene en su seno. María indica la plenitud de los tiempos en que Dios envía a su Hijo para rescate de todos y a través de la cual el Hijo de Dios se hace hombre para hacer al hombre hijo de Dios. Todo esto es la Santísima Virgen María, la gran maestra del Adviento.

Para nosotros mexicanos, que nos hemos convertido en la casa grande de la Virgen María, nos resulta familiar el pasaje del Evangelio de hoy, porque de manera idéntica a lo que sucedió entonces, somos testigos ahora de la solicitud de María por los pobres y necesitados. Damos testimonio de verla encaminarse presurosa, como a las montañas de Judea, a las colinas del Tepeyac.

A mitad del Adviento que nos prepara y nos lleva de la mano al recuerdo de la venida de Cristo en nuestra carne nos encontramos con dos grandes fiestas marianas: la Inmaculada Concepción de María y la solemnidad de Ntra. Sra. de Guadalupe. Estas fiestas no nos impiden en lo más mínimo el proceso espiritual iniciado. Por el contrario, celebrar a María nos ayuda a prepararnos de mejor manera a la espera del Señor, porque ella es la Virgen del Adviento, es el personaje preclaro de este tiempo de gracia, es la que esperó de singular manera la llegada de Jesús, es la maestra y el modelo de la esperanza.

Para nosotros la fiesta de hoy calo hondo en nuestra identidad cristiana. Aunque muchos se empeñen en desacreditar el papel de la Virgen de Guadalupe en la historia y en la consolidación de nuestro país, bastará con echar una mirada al corazón de los mexicanos para comprobar que nuestro pueblo es guadalupano en su esencia y en sus raíces.

La venerada imagen de la Morenita del Tepeyac, de rostro dulce y sereno, impresa en la tilma del indio san Juan Diego, se presenta como «la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios por quien se vive» (*De la lectura del Oficio. Nicán Monohua*, 12ª ed., México, D.F., 1971, 3-19). Ella evoca a la "mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza, que está encinta" (Ap 12,1-2) y señala la presencia del Salvador a su población indígena y

mestiza. Ella nos conduce siempre a su divino Hijo, el cual se revela como fundamento de la dignidad de todos los seres humanos, como un amor más fuerte que las potencias del mal y la muerte, siendo también fuente de gozo, confianza filial, consuelo y esperanza.

María de Guadalupe es nuestro consuelo. Bendita sea aquella que nos dijo en San Juan Diego: quiero que me erija un templo para en él mostrar y prodigar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa a todos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen; es nada lo que te asusta y aflige. No se turbe tu corazón ni te inquiete cosa alguna. ¿No estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No estás, por ventura, en mi regazo?

El día en que los mexicanos seamos fieles al amor singular de la Virgen de Guadalupe, el día en que esta Reina incomparable sea conocida y venerada y amada en nuestra patria, el día en que nos decidamos a vivir como María, a querer lo que ella, quiso y amar lo que ella amó..., María de Guadalupe cumplirá plenamente su promesa, que brotó de sus labios purísimos, como un arrullo de ternura y como un delicadísimo reproche de amor, ¡qué deliciosas palabras!: Oye, hijo mío, lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo que soy tu madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa?

¡Madre! ¡Madre de Guadalupe! guardaremos tus palabras de cielo en lo íntimo de nuestras almas y allí gustaremos su siempre antigua y siempre nueva suavidad. No temeremos ya. No desconfiaremos jamás de tu protección celestial y de tu amor inmenso. Aunque todo se levante contra nosotros y el mundo se hunda en horrible cataclismo, nosotros confiaremos en Ti, y abandonados en tu regazo, dormiremos tranquilos el sueño de la paz, el sueño del amor; ¡porque estás con nosotros Tú, que eres la dulce, la santa, la amorosa Madre nuestra!

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)